

José María Lagrange

La misión del Bautista y la del Hijo del hombre

Si Dios había visitado su pueblo, era indicio de que el Mesías había llegado. Esta grande cuestión empezó a agitarse y debía serlo apasionadamente entre los discípulos de Juan Bautista, a quienes su Maestro había desde el principio prevenido de la llegada de Aquel que había de venir y que había designado a Jesús como destinado a quitar el pecado del mundo. Juan continuaba en su prisión en Maqueronte, según Josefo, es decir, lejos de Galilea, en las montañas que caen al oriente del mar Muerto. Sus discípulos podían, no obstante, entrar a conversar con él y le daban cuenta de las diferentes fases de la actividad de Jesús, de cómo anunciaba el reino de Dios, según él había hecho, y de cómo arrojaba los demonios y curaba a los enfermos. Todo esto, aunque extraordinario, no probaba que fuera el Mesías. Según la opinión corriente de los doctores, los milagros habían sido ya la obra de los profetas; Elías y Eliseo hasta habían resucitado muertos. Otra debía ser la misión del Mesías. No creían, pues, los discípulos de Juan que Jesús fuese el Mesías. Pero Juan había pronunciado su fallo. ¿Volvería sobre sus palabras? ¿Dudaría de la aparición que había visto en el bautismo, contradiciéndose a sí mismo, dudando de Jesús? No podía esto entrar en los cálculos de san Mateo y de san Lucas, cuando refieren el designio formado por san Juan de enviar a Jesús dos de sus discípulos para preguntarle: «¿Eres tú el que viene o esperamos a otro?» «El que viene» era la misma frase de que se había servido Juan para designar a Aquel que debía bautizar en el Espíritu Santo, para limpiar la era aventando la paja. Lejos de olvidar san Mateo lo que dijera, nos remite, en cierto modo, a lo mismo. Pero esto mismo nos declara el estado de ánimo del Bautista. ¿Por qué el Fuerte que él había anunciado tardaba tanto en cumplir con todo esplendor su alta misión? ¿No se deduciría de esto que habría que esperar a otro? No duda de la misión de Jesús, pero el tiempo se le hace largo en el calabozo de Maqueronte, y piensa también en sus discípulos, cuya duda no se ha desvanecido.

La respuesta de Jesús no podía ser una simple afirmación de lo que Juan sabía ya y lo mismo sus discípulos, pues fueron ellos los que le informaron. Para comprender el alcance de ella es necesario pesar el valor de un argumento sacado de la Escritura. Se pensaba que los milagros no eran prueba suficiente para atestiguar al que los hiciese por Mesías. Atiéndase, sin embargo, que son dados como tales en Isaías, cuyo texto era fácilmente reconocido, aunque Jesús no lo quiso citar.

Lo que la Escritura enseñaba era no limitar el valor de los milagros al hecho material de la curación. Eran curados los que tenían fe para pedir y el milagro aumentaba su fe. Los oídos oían la palabra y se abrían los ojos a la verdad. Y para decirlo de una vez: «Los pobres recibían la buena nueva de salvación.»

Había, pues, empezado el reino del bien. Juan, lo mismo que Pedro, soñaba

con un Mesías triunfante. ¡Que él deje obrar a quien fue reconocido como obrero del Espíritu Santo!

Cuando Jesús concluye: «Bienaventurado aquel que no se escandaliza de mí» no condena a su amigo, a quien va a rendir homenaje, pone en guardia contra esta tentación que está siempre pronta a exigir de Dios obras maravillosas, porque no se ha comprendido que sus caminos son paciencia y dulzura.

A los discípulos de Juan no les pareció del todo mal la respuesta, y que bien podían comunicarla a su Maestro. ¿La comprendieron ellos? Cuando hubieron marchado, Jesús quiso dar a conocer el lazo querido por Dios, que unía la misión de Juan con la suya, el designio que subordinaba la antigua alianza al reino de Dios, la falta de penetración de los doctores que habían desconocido a Juan y llevaban camino de desconocer también al Hijo del hombre. Se muestra solidario de la obra de Juan, lo que prueba que no le ha visto flaquear en su testimonio de Precursor.

Pregunta, pues, Jesús a la multitud si fueron a ver al desierto una caña por el viento agitada. Nadie pierde el tiempo en ir a ver a orillas del Jordán, o cerca de las fuentes, esos matorrales de cañas que se mueven a todos los vientos. Como Juan estaba entonces presente a su pensamiento, se comprende que Jesús lo ponga como tipo de integridad indomable en oposición a las flexibles cañas. ¿Han ido a ver a un hombre vestido con refinado lujo? Sabían muy bien cuál era la tosca vestidura que usaba el Bautista. Bajo estos vestidos que Elías usó en otros tiempos, era un profeta al que escuchaban. Era ciertamente un profeta el que estaba encargado de anunciar la venida de Dios. En nombre de Él había escrito Malaquías:

Más tarde, el Precursor es identificado con Elías por Malaquías: «Tan pronto como llegue el Precursor, *el Señor*, hará su entrada en su palacio, o en su templo, vendrá a morar en medio de su pueblo, dando así satisfacción a la espera impaciente de que es objeto.»

En su misma persona veía Jesús realizada aquella predicción. Elías, que debía venir delante del Señor, es, en realidad, Juan Bautista.

El mensajero del Señor es más que un profeta; o si es un profeta, es el más grande de todos, el más grande de los hijos de mujer. ¿Quién pensaría, sin embargo, compararlo con aquel a quien anuncia, pues toda su gloria está en anunciarle? Hay más. Juan había sido suscitado para cerrar la economía de la Ley y de los profetas. Inaugurado apenas el reino de Dios, se le toma por asalto; los violentos, es decir, aquellos que lo sacrifican todo por conquistarlo, lo arrebatan. Y este reino está tan por encima de la alianza del Sinaí, hasta tal punto es el término vislumbrado por los profetas, que el menor en el reino de Dios es mayor que Juan. Jesús no habla aquí de los grados en el cielo — se negará a asignar los lugares —, sino de la supereminente dignidad de cada uno de los miembros del nuevo régimen. Sentado el principio, estaba reservado a san Pablo explicar cómo el bautismo

recibido con fe en la muerte redentora de Cristo es superior a la antigua circuncisión.

Los que escuchaban al Maestro eran excusables de no penetrar tan hondo misterio, pero no tenían excusa de su afectado desdén los directores espirituales, que se arrogaban el derecho de juzgarlo y condenarlo todo. Juan Bautista se había presentado bajo exterioridades de asceta. Esto, en verdad, a todos admiraba. Pero podía haber allí un artificio del demonio. El Hijo del hombre bebía y comía como los demás. No había, pues, nada que esperar de un glotón, dado al vino, amigo de los publicanos y de pecadores.

¿Qué habría que hacer para contentar a aquellos críticos atrabiliarios?

Se parecían a esos chiquillos malcriados que jamás se hallan a gusto en los juegos de sus camaradas. Estos están en su derecho de hacerles este reproche:

"por vosotros hemos tocado la flauta y no bailasteis: os hemos cantado endechas y no os habéis entristecido."

Así los judíos descontentadizos se aíslan y no quieren tomar parte en el entusiasmo religioso que Dios ha suscitado. Por dicha, hay otros más dóciles hijos de la Sabiduría, porque han comprendido sus caminos, y rindiéndole homenaje, la justifican delante de sus contradictores.

En esta enseñanza, dada con ocasión de los enviados por el Bautista, está encerrada la economía de la antigua alianza, que Jesús ha aceptado, subordinándola a la nueva, sin rupturas y sin abandonar nada de ella, pero afirmando con muy poderosas palabras la superioridad del nuevo orden. Aquí está la teoría de san Pablo, excluyendo de antemano la de Marción, que condenaba de otro modo la Sabiduría, rechazando el Antiguo Testamento. Ningún pasaje nos da mejor a conocer cómo san Pablo no es más que lo que quiso ser, un discípulo del Señor, y cuán diferente era el carácter de su genio. Razona y demuestra por la Escritura y por la razón. En las palabras de Jesús, ningún rasgo de reflexión ni de esfuerzo lógico. Ve el plan divino que se está realizando; ningún esfuerzo del pensamiento se nota para obligar a las palabras a expresar ideas nuevas. Como siempre, todo en él es sencillo y familiar, acudiendo a comparaciones y símbolos que sin esfuerzos sean comprendidos por todos: la misma letra del Antiguo Testamento le sirve para manifestar con más claridad que la obra que Dios debía hacer la ha realizado Jesús. Si se rechaza la autenticidad de estas palabras, no habrá alguna razón buena para atribuirle otras. Si ha hablado de esta manera, ¿qué pensar de él? Pero, por grande que se deje entrever, nada indica que autorice la esperanza ociosa de un reino de Dios bajado del cielo del todo perfecto. Este reino ya ha comenzado, y algunos se hacen violencia para entrar en él. Otros fríamente lo rehúsan: habiendo conocido el mensaje del Bautista, cierran sus oídos al Evangelio. Juzgando según sus fantasías, no penetran los designios de Dios y hallan siempre pretexto para sustraerse a ellos.

(José María Lagrange, *El Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo*, Editorial Litúrgica Española, Barcelona, 1933, p. 126-130)

